

para perjudicarte en algo, no te perjudicará excepto en aquello que Dios haya prescrito para ti. Las plumas se han levantado y las hojas se han secado>>¹⁶⁹”

Madre de Hamlet y actitud reductiva

En el personaje de la madre de Hamlet hay, como en la mayoría de personajes shakesperianos, luz y oscuridad mezcladas. En la escena donde su hijo la amonesta duramente, Shakespeare muestra uno de los mecanismos más sutiles de la psicología humana cuando todavía no ha sido transfigurada por la luz del espíritu. Se trata del mecanismo por el cual la voz de la conciencia es tapada e ignorada con una actitud defensiva consistente en desvalorizar el mensaje vivificador. Cuando Hamlet le asegura que ve el espectro de su padre, su madre reduce su visión a una simple fantasía de su cerebro fruto de la locura, ante lo cual Hamlet le asegura que está igual de cuerdo que ella, y le suplica que se confiese al cielo y que no ignore su culpa reduciéndole a un simple loco, pues esto no haría más que cubrir la llaga y la corrupción lo infectaría todo por dentro sin dejarse ver. Estas palabras logran despertar el arrepentimiento de la reina¹⁷⁰.

La actitud de la madre de Hamlet es una expresión de la actitud arquetípica que encontramos a lo largo de toda la historia religiosa de la humanidad, y que consistía en reducir

169 Al Nawawi, *Dichos del profeta (Los cuarenta Hadices)*, Traducción, prólogo y notas de Jordi Quingles, José J. de Olañeta, Editor, Palma de Mallorca, 2002, hadiz nº 9. La expresión ‘Las plumas se han levantado y las hojas se han secado’ se refiere a la premisa de la predestinación, según la cual el Decreto (*qadâ*) de Dios es inamovible.

170 Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Escena IV.

los profetas y enviados a simples hombres mortales. Las muchas aleyas del Corán que se refieren a esta actitud utilizan a menudo la expresión reductiva *hāzā illā*, que significa ‘esto no es más que...’, ‘esto sólo es...’ o ‘esto no es sino...’. Con esta actitud los poderosos de cada comunidad rechazaban los mensajeros diciendo que sólo eran hombres que se habían inventado una mentira, o bien que eran locos, o bien que sus mensajes no eran sino simples leyendas antiguas; y de esta forma pretendían mantener el status quo que los favorecía, pues el mensajero siempre altera el orden vigente y destrona los poderosos ilegítimos. De la misma forma, la madre de Hamlet pretendía mantener las apariencias, su matrimonio recuperado aunque con un impostor, la vida plácida rodeada de lujos y el orden en el palacio, y la verdad que traía su hijo amenazaba con ponerlo todo del revés. Pero la verdad se acabaría imponiendo, no sin grandes sacrificios como sabemos por el desarrollo y final de esta tragedia.

En la actualidad encontramos también la expresión de esta actitud arquetípica, concretamente en el modo de pensamiento dominante en el ámbito de la ciencia que desviada de su origen ha derivado en ‘cientificismo’. Este movimiento tiene su origen en un uso parcial de la razón que reduce a explicaciones causales puramente materiales cualquier hecho de índole espiritual. Igual que la madre de Hamlet reduce la visión sutil de su hijo a un simple delirio, el corriente cientificista reduce la experiencia espiritual a ‘nada más que’ disposiciones físico-químicas del organismo. El alma es negada como entidad autónoma y espiritual, pues se dice que está en el cerebro y muere con él, y no sólo el alma, sino sus atributos, pues por sublimes que sean, como el amor, son reducidas a simples segregaciones de sustancias químicas del cerebro. El cientificismo desvaloriza así toda dimensión espiritual y deja al ser humano en la peor de las situaciones, pues se puede vivir soportando las más duras condiciones

pero no sin esperanza. Al quitar todo sentido a la vida el cientificismo la reduce a una simple cuestión de competición y supervivencia, de gratificación compulsiva y efímera de los sentidos, y la condena al pánico a la desaparición.

Ante la actitud reductiva de la reina cuando acusa de loco a su hijo, Hamlet le hace de espejo donde ella ve en sí misma los efectos de la maldad, y arrepentida se compromete a lavar su interior a través de la ascesis purificadora, es decir, renunciando a compartir de nuevo el lecho con el tío de Hamlet el rey asesino. La virtud, dice el Príncipe de Dinamarca, debe adquirirse a través de la costumbre, pues este tiene la fuerza tanto para llevar a la perdición como a la salvación. Una primera renuncia hará más fácil la próxima abstinencia y más todavía la siguiente, porque la costumbre cambia incluso los instintos de la naturaleza y puede someter el demonio o echarlo fuera con gran poder¹⁷¹.

171 W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Escena IV.